

# SAN JUAN BAUTISTA AMATLÁN. LOS PRIMEROS AÑOS DE UNA FÁBRICA TEXTIL DE PUEBLA, 1838-1850

SERGIO FRANCISCO ROSAS SALAS  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

## RESUMEN

Al estudiar el caso de San Juan Bautista Amatlán, el artículo analiza la introducción de la industria textil en Puebla entre 1830 y 1840. A partir de los conceptos de *tradición y modernidad*, hace énfasis en el paulatino tránsito de la sociedad local, de artesanal a industrial. Estudia la fundación y la producción de la fábrica, así como el pensamiento de sus dos principales propietarios. Destaca la conformación de nuevos actores sociales y la tradición textil como uno de los motores de la transformación social en Puebla. La fuente documental primordial es el Archivo General de Notarías de Puebla.

**Palabras clave:** Puebla, San Juan Bautista Amatlán, tradición y modernidad, industrialización, tradición textil.

## ABSTRACT

Based on the case study of San Juan Bautista Amatlán, the article analyses the introduction of the textile industry in Puebla between 1830 and 1840. Building on the concepts of *tradition and modernity*, it emphasizes on the gradual transition of the local society, from handcrafting to industrial. It studies the foundation and production of the factory, as well as the thoughts of two of its main owners. It highlights the shaping of new social actors and the textile tradition as one of the driving forces of the social transformation in Puebla. The main documental source is the General Archive of Notaries in Puebla.

**Key words:** Puebla, San Juan Bautista Amatlán, tradition and modernity, industrialization, textile tradition.

## Introducción

Este artículo tiene como objetivo estudiar el establecimiento y los primeros años (1838-1850) de una fábrica ubicada extramuros de la ciudad de Puebla, la fábrica de San Juan Bautista Amatlán. El caso resulta valioso por ser una de las experiencias de industrialización más tempranas de Puebla. Al mismo tiempo, representa un caso más de tránsito entre la antigua molienda de trigo y la mecanización de la producción textil, también con prolongada presencia en la ciudad, durante la primera mitad del siglo XIX. El artículo analiza dos aspectos paralelos: el desarrollo de la fábrica y el pensamiento que lo impulsó.

A partir de este caso pretendo mostrar cómo el proceso de industrialización generó una serie de cambios sociales que ayudaron a conformar una sociedad identificada con algunos valores propios de la modernidad, como la individualización de la propiedad, la creación de diversos grupos sociales a partir de la fábrica, y la privatización y pugna por el control de recursos naturales, como el agua. Al mismo tiempo, muestro cómo las élites impulsoras de la industrialización retomaron la tradición molinera y textil de Puebla, la adecuaron a las distintas circunstancias y dieron así una señalada identidad fabril a la sociedad poblana. Me parece que la oscilación entre *tradición* y *modernidad* en la sociedad mexicana y angelopolitana a lo largo del siglo XIX, permite comprender, entre otros procesos, el de la industrialización, con los cambios y continuidades que trajo consigo.

Entiendo como *tradición* el conjunto de valores, conocimientos y saberes transmitidos, sea por escrito o verbalmente, a lo largo del tiempo en un grupo dado. Éstos le dan conciencia al grupo mismo y, por tanto, le dan identidad y cohesión hacia el interior y diferenciación hacia el exterior. Socialmente, la tradición se ha asumido como el valor que da seguridad y estabilidad social por su permanencia en el tiempo. Por su parte, entiendo la *modernidad* como el movimiento a favor del cambio, que tiene su origen en el mundo moderno y que durante el siglo XIX mexicano se identificó con las ideas liberales y con los beneficios y ventajas que aportaba la innovación social (cfr. García Ugarte, 2005; Herrejón Peredo, 1994).

Al apelar a estos dos conceptos debo acercarme a la historia de larga temporalidad. En ese sentido, si bien no es mi objeto principal, me detendré un poco en la historia virreinal del molino de Amatlán y de la producción pañera.

Si bien algunos trabajos han señalado la tradición fabril de Puebla, no se ha prestado especial atención a ésta como problema de investigación (cfr. Bazant, 1964; Estrada Urroz, 1997). Antes bien, se pueden identificar dos corrientes historiográficas al revisar los estudios de la industrialización y la industria de Puebla. Por un lado, el trabajo pionero de Juan Carlos Grosso (1984) se ha centrado en el estudio de los trabajadores textiles, destacando su conformación como clase y su participación en movimientos sociales (Gómez Álvarez, 1989; Estrada Urroz, 1997; Gamboa Ojeda, 2001). Por otro, a partir del trabajo de Leticia Gamboa (1985) se ha estudiado la trayectoria de los empresarios y sus inversiones, desta-

cando en esta línea los estudios de caso (cfr. Gamboa y Estrada, 1986; Aguirre Anaya, 1987; Torres Bautista, 1994). Un intento de síntesis entre historia social y de la industria es el de Guy Thomson (2002). Así, el caso de San Juan Bautista Amatlán es un caso valioso para asomarse a la historia de la industrialización y su impacto social con los ojos de la tradición.

El trabajo está fundamentado en fuentes secundarias e impresas, pero sobre todo en documentos del Archivo General de Notarías. Las fuentes de citas de archivo se detallan a pie de página.

### **Amatlán como molino**

Desde su fundación en 1531, Puebla tuvo como uno de sus pilares una industria mecánica de moler trigo, para satisfacer las exigencias alimentarias de los peninsulares recién llegados. Como ha apuntado Alberto Carabarrín, ya desde el siglo XVI la ciudad vio un rápido establecimiento de molinos en las márgenes de los ríos, para aprovechar su potencia en la molienda mecánica (Carabarrín Gracia, 2000: 118). Para 1650, momento de su apogeo, la producción en 14 molinos no sólo abastecía el mercado local, sino que llegaba al Caribe y a Manila, a través del abastecimiento de la Nao (cfr. Contreras Cruz y Cuenya Mateos, 2003: 52).

El primer molino en la ciudad fue el San Francisco, en las riberas del río del mismo nombre, que se estableció en 1531 (Leicht, 1999: 227). Por ello no es casual que para mediados del siglo XVI al río San Francisco se le conociera como “el río de los molinos”, pues se habían establecido en sus orillas varios de éstos. Extendiéndose cada vez más hacia el oriente, pronto la molienda de trigo alcanzó una pequeña franja de tierra formada por la unión de los ríos San Francisco y Atoyac. Ahí se fundó el molino de Amatlán.

El lugar de fundación de Amatlán registra ocupación desde 1541, cuando el Cabildo de Puebla cedió a Francisco de Ontiveros la merced de esa fracción de tierra.<sup>1</sup> Diez años después, en 1551, el propietario estableció ahí un par de molinos de pan moler, aprovechando la fuerza motriz del río Atoyac, cada uno con varias piedras para la labor. Se trata, así, del primer establecimiento situado en las márgenes de este río, que durante el siglo XIX llegará a ser el corredor industrial más importante de Puebla, como mostraré con este caso en estudio. Por lo tanto, el establecimiento de San Juan Bautista Amatlán significó la “conquista” del afluente más caudaloso de la ciudad.

En dote por el matrimonio de su hija Ana con Francisco Muñoz, Ontiveros cedió uno de los molinos, que es el que permaneció con el nombre de Amatlán, nombre que ya se le asignaba desde 1620.<sup>2</sup> En esta operación se describen los linderos que mantuvo hasta bien entrado el siglo XX: estaba limitado al oriente y

<sup>1</sup> Puebla, Archivo del Ayuntamiento de Puebla (AAP), *Actas de Cabildo*, libro 4, f. 103. (en adelante abreviamos el nombre del Archivo con las siglas AAP)

<sup>2</sup> Puebla, Archivo General de Notarías del Estado de Puebla (AGNEP), Notaría 5, 4 de agosto de 1896, f. 60v.

sur por el río Atoyac, al poniente por el Molino de Enmedio y al norte por el Rancho del Pópulo.

Durante los años del Virreinato, el molino de Amatlán tuvo una larga lista de cambios de propietario. En 1613 pasó a manos de Francisco Pérez de Salazar, y en 1676 lo adquirió Diego Flores, cuya viuda lo poseyó hasta 1691. Aquel año lo vendió a Juan Álvarez Montero, y en 1698 lo recibió Juan Diego Briseño. En 1700 lo obtuvo como herencia Tomás Machorro. En 1740 lo adquirió Juan Antonio de Zárate y en 1747 Cayetano Torres, quien dos años después lo vendió a Manuel Pérez. En 1801 pertenecía a Joaquina Pérez de Oropeza, en 1814 a José Ygnacio Romano y en 1819 a Manuel Gutiérrez.<sup>3</sup> Para entonces poseía “tres piedras grandes para la molienda del trigo”, además de “tierras y aguas y pastos” propicios para la siembra del grano. Para mover las piedras se aprovechaba el río Atoyac.<sup>4</sup> ¿A qué se debió que tuviera esa gran cantidad de dueños a partir de 1691? ¿Y por qué la escasa inversión en modernización, puesto que las tres piedras de molino al parecer fueron instaladas en 1551? La respuesta está ligada a la historia de la ciudad.

A partir del siglo XVIII, Puebla entró en una etapa de crisis, merced a varios factores. La historiografía contemporánea ha confirmado los juicios del cronista fray Juan de Villa Sánchez acerca de sus causas: fin del comercio con el Perú, gravamen de alcabalas, aumento de los remates de los reales asientos y excesivo gasto (Villa Sánchez, 1997: 36-66). Todos estos aspectos, que como se puede ver son comerciales y fiscales, afectaron la producción de trigo de la región, como también lo hizo la crisis agrícola de 1785-1786 y los factores meteorológicos (Medina Rubio, 1983: 231-253).

Así, la producción angelopolitana, además de verse disminuida en cantidad, perdió sus antiguos circuitos de comercio intercontinental, de los que se había beneficiado desde su fundación y hasta cerca de 1740. Al mismo tiempo, su harina se vio desplazada por el desarrollo agrícola de zonas como El Bajío, que en el mismo periodo fortaleció su capacidad triguera gracias al impulso que el obispado de Michoacán dio a la agricultura a partir, paradójicamente, de la crisis de 1785 (cfr. Cardozo Galué, 1973, *passim*). En ese sentido, el crecimiento de otras zonas del país generó una caída drástica en la rentabilidad de la industria harinera de Puebla y su región. Dicho horizonte, de marcados contrastes regionales, muestra que, en la zona donde estaba establecido Amatlán, los molinos no eran la actividad más rentable por entonces. Esto explicaría la gran cantidad de dueños y la escasa inversión en el molino bajo estudio.

Aunque disminuida, empero, la tradición de molienda de trigo continuó: a mediados del siglo XVIII aún se contabilizaban 16 molinos, mientras que en México habría unos 15. De aquellos años hay varios testimonios sobre los molinos poblanos. Por ejemplo, el cronista Diego Antonio Bermúdez de Castro señaló

<sup>3</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 5, 4 de agosto de 1896, ff. 61-63.

<sup>4</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 5, 4 de agosto de 1896, ff. 63-63v.

que en 1746 existían “15 molinos de pan, batanes, y muchos obradores de curtidurías” sobre el río San Francisco, y que sobre el Alcececa se levantaban un molino y varios batanes (Bermúdez de Castro, 1985: 146). En su informe del mismo año, fray Juan Villa Sánchez señaló que “en las inmediaciones de esta Ciudad hay muchos y excelentes [sic] Molinos”, añadiendo que Puebla era “sin disputa una de las más cómodas” ciudades para vivir en Nueva España, dando como razón de ello, entre otros puntos, su “delicado pan” (Villa Sánchez, 1997: 108-110).

Hugo Leicht señala que en 1790 se hallaban en gran actividad los tres molinos de la zona que estudio: el de Amatlán, el de Enmedio y el del Batán (Leicht, 1999: 253). Durante la segunda mitad del siglo XVIII y durante poco más de una centuria, más de la mitad de la harina de trigo en Puebla era producida por los molinos de Mayorazgo, San Diego, Santa Cruz y Santo Domingo (Villa Sánchez, 1997: 80). Aunque aún había envíos a Oaxaca y Veracruz, adonde se llegaba para zarpar a La Habana, la mayor parte de la producción se consumía localmente (Liehr, 1976, I: 38-39). Como se puede entender a partir de esta situación, el circuito internacional del trigo poblano había desaparecido para 1780.

Cuando 30 años más tarde, en 1810, la exportación ultramarina se desplomó, los molinos no recuperaron ya la posición de importancia que habían tenido. Esto dio pie a un cambio importante que, lejos de ser aislado, conformó un proceso de cambio social: aprovechando la ubicación junto a los ríos, la extensión de los terrenos, la infraestructura y la mano de obra ahí establecida, los molinos empezaron a ser transformados en fábricas textiles. Además de Amatlán, vivieron el cambio el de Enmedio, Mayorazgo, Guadalupe, La Teja y Santo Domingo, por citar los más importantes. El último caso es importante, pues en él se formó la primera factoría en la región: La Constanza Mexicana, en 1835.

Apenas dos años después de este intento pionero, Ysidro Pérez Toledano compró el molino de Amatlán el 18 de diciembre de 1837, en remate, por 20,126 pesos. En la escritura de compra quedó registrado que tenía por objetivo “establecer en él [una] fábrica de hilados y tejidos de algodón” aprovechando el río Atoyac.<sup>5</sup> Así, podemos situar con precisión 1837 como el año en que iniciaran los trabajos para la implantación de la industria textil en Amatlán.

Se pueden esbozar tres elementos centrales de este cambio. Primero, que entre cerca de 1750 y 1830 la decadencia de Puebla como centro triguero y abastecedor de Nueva España (México) hizo necesario que sus habitantes buscaran nuevas formas de producción e inversión, lo que a la postre dio una nueva fisonomía a la urbe. Segundo, que la opción preferencial por la industria textil de algodón a partir de 1835 respondió a la tradición manufacturera de la ciudad, nacida a partir de los molinos y desarrollada poco después con los obrajes de paño y lana, como mostraré a continuación. Tercero, que el río Atoyac, como el San Francisco en

**137** <sup>5</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 5, 4 de agosto de 1896, f. 63.

mayor medida, fue el elemento central del tránsito de la modernización fabril en Puebla, a partir de la fundación de La Constancia Mexicana.

De hecho, desde 1842, 10 molinos en las márgenes de ambos ríos se habían llenado de máquinas para la hilandería del algodón (Thomson, 2002: 340). La gran mayoría de estas fábricas prosperaron, haciendo de Puebla un centro industrial textil por excelencia. Al hacerlo, dieron pie a una lucha constante por el dominio del río. Si en el siglo XVI se había conseguido el agua fluvial vía mercedes cedidas por el Ayuntamiento, en el siglo XIX se realizó una privatización *de facto*, reflejada en instrumentos notariales.<sup>6</sup> El Atoyac es así un motor central en la industrialización de Puebla a lo largo de su historia.

### San Juan Bautista Amatlán en sus primeros pasos como centro textil

Apenas tres meses después de la adquisición de Amatlán, el 28 de febrero de 1838, Ysidro Pérez Toledano fundó con otros socios una “Compañía para la fábrica de hilados en el molino de Amatlán”.<sup>7</sup> Si los recursos físicos favorecían la elección de los molinos para establecer industrias mucho más modernas, otra tradición también tuvo su peso para la elección de lo textil: la de los obrajes y la fabricación de paños.

En este sentido, la región de Puebla-Tlaxcala gozaba ya para el siglo XIX de una larga tradición manufacturera, independientemente de la industria del pan moler. La región fue un polo industrial del Virreinato, a pesar de su decadencia económica durante el siglo XVIII. Como tales destacaron la producción de vidrio, mayólica y paños (Miño Grijalva, 1999: 40-45). La última de éstas surgió, como los molinos, con la ciudad.

Ida Altman ha señalado la importancia de los vecinos de una modesta población castellana, Brihuega, para el establecimiento de los primeros talleres textiles en Puebla desde 1560. Gracias a la tradición artesanal de aquel poblado, cuyas raíces datan de la Edad Media, los recién llegados instalaron en Puebla pequeños obrajes dedicados a la producción de la lana, cuya organización se sustentaba en la división del trabajo entre los miembros de la familia (Altman, 2002: 44-45). Considerando esta inmigración como el origen de la tradición textil de Puebla, tenemos que esta manufactura inició en la ciudad hacia 1560 y se instauró durante la segunda mitad del siglo XVI.

El crecimiento de Puebla y de la demanda de textiles en el mercado local y novohispano trajo consigo el surgimiento de diversos obrajes o centros de manufactura dedicados a la producción de textiles de lana. Éstos se han considerado como elementos de “precocidad” en la manufactura novohispana, y como em-

<sup>6</sup> Un ejemplo de lo anterior es un acuerdo celebrado en octubre de 1868 entre los dueños de las fábricas La Teja (Manuel Pérez Almendaro), Molino de Enmedio (Rosalia Pescioto) y San Juan Bautista Amatlán (Andrés Torres). En él se estipula que éstos adquirirían cada uno por partes iguales agua del río de San Francisco, para usarla “como agente mecánico para el movimiento de establecimientos industriales”, como se acostumbraba desde que eran molinos y desde la creación de las fábricas textiles de los dos últimos establecimientos. cfr. Puebla, AGNEP, Notaría 5, 30 de octubre de 1868, f. 380.

<sup>7</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 1, 28 de febrero de 1838, f. 112v.

brión de la fábrica moderna. (Salvucci, 1992: 55-99). Hacia 1800 había en el reino, dentro de los obrajes, unos 11,000 telares castellanos de pedal, de los cuales 87% eran utilizados para tejidos de algodón (Thomson, 2002: 56). Sin embargo, la decadencia de la producción platera y el fin del subsidio a la minería, así como con el fin del comercio ultramarino, aunado a una disminución de la producción agrícola, generaron una profunda depresión económica en Nueva España (México) que repercutió en el comercio textil, lo que ocasionó la caída general del obraje entre 1810 y 1830 (Salvucci, 1992: 238-246).

El caso de Puebla ha sido estudiado por Alberto Carabarán, quien al estudiar el breve periodo de 1700 a 1710 mostró la importancia del obraje como centro de producción y de trabajo. Desde su perspectiva, si bien éste permitió afianzar la tradición textilera de la ciudad, también generó condiciones de trabajo cercanas a la esclavitud, pues los trabajadores vivían bajo presidio, sea por la comisión de delitos o por la acumulación de deudas (cfr. Carabarán Gracia, 1984). Aunque en su estudio apunta que a partir de 1710 inicia el declive del obraje en Puebla, con la crisis en los circuitos comerciales de la región y, por tanto, con la pérdida de la capacidad de venta y producción pañera, éstos aún pudieron perdurar durante el primer tercio del siglo XIX, cuando inició la creación de fábricas textiles, que retomaron la tradición telar de Puebla iniciada con el obraje, y la readecuaron a un nuevo modelo productivo.

Así pues, insisto, la crisis y el fin de una tradición manufacturera que se remontaba en la ciudad hasta el siglo XVI, el obraje, dejaron el espacio libre a una nueva faceta de la producción algodонера: la fábrica de algodón. Así, la fábrica dio continuidad a la tradición textil de Puebla. Por ello pudo aprovechar elementos importantes que durante 300 años había construido el obraje: un mercado ya formado y un grupo de trabajadores acostumbrados a la hilatura y el tejido en forma artesanal (Beato, 2004: 52).

Ambos elementos estaban presentes cuando se dio en México un primer impulso a la modernización textil, entre 1835 y 1845. Fue justamente en esta década cuando se dio la primera ola de industrialización en México, teniendo como una de sus características la importación de maquinaria estadounidense. Como se sabe, el intento pionero de impulsar la producción mecanizada se dio gracias al Banco de Avío (cfr. Potash, 1959: 58-63; Keremitsis, 1973). El objetivo de éste era impulsar, *grosso modo*, la sustitución de importaciones y, por ende, la protección estatal a la industria manufacturera (cfr. Potash, 1959: 58-63; Keremitsis, 1973). El modelo tuvo un éxito moderado. El proyecto del veracruzano Estevan de Antuñano en Puebla, La Constancia Mexicana, fundada en 1835, fue el prototipo del éxito de dicho modelo y aquella política: consiguió “modernizar la producción textil algodонера de México, sobre el modelo de la revolución industrial inglesa” (Sánchez, 2000: 237-249).

Estos aspectos pueden verse en la conformación de la fábrica textil de Amatlán.

**■** Vale la pena detenerse en los socios y participantes de la sociedad formada en



febrero de 1838. Además de Pérez Toledano, quien se integró cediendo el molino, firmaron Bárbara de Ávalos, esposa de Estevan de Antuñano, y Antonio de Haro y Tamariz, famoso sobre todo por su participación en la insurrección de Zacapoaxtla, en 1855 (cfr. Bazant, 1985). También estaban Fernando Arenas, quien murió antes de 1840, y los hermanos Ysidoro y Lino Romero. Las principales condiciones del contrato eran que el molino formaba parte del proyecto de industrialización, que los trabajos para la adecuación de la fábrica serían dirigidas por Antonio de Haro, bajo la supervisión de Estevan de Antuñano, y que “la maquinaria de hilados [sería] pedida al Norte”.<sup>8</sup>

Resulta así fundamental la participación de Estevan de Antuñano en la conformación fabril del molino, apenas tres años después del establecimiento de La Constanca. Según la escritura anterior, pareciera que es él quien anima a la instauración de la fábrica. Sigue dos pautas aplicadas al establecer La Constanca: la conducción directa de las obras de industrialización y la importación de la maquinaria “del Norte”, si bien en el caso que estudiamos no emprendió la empresa él solo. Amatlán, pues, se inserta en el proyecto industrializador y modernizador de Antuñano como una de los proyectos fabriles más tempranos de Puebla y de México.

Asimismo, es interesante ver a Antonio de Haro como compañero de andanzas del veracruzano. Esto permite matizar la postura de Bazant acerca del desinterés de Antonio en la industria (Bazant, 1985: 25). Así, Haro, al igual que su familia, aparece como impulsor de la modernización fabril. No hay que desdeñar sus orígenes familiares, pues era miembro de las familias más prominentes de la ciudad, inversionistas en la industria textil y agropecuaria (cfr. Bazant, 1985, *passim*). Con ello vemos la postura, al mismo tiempo liberal y proteccionista, de este grupo de tempranos industriales algodoneros mexicanos. Al mismo tiempo, como lo atestigua la misma sociedad, su participación es de capital, no tanto en la dirección, que quedó en manos de Antuñano.

Como se ve, la participación textil de Antuñano está lejos de limitarse a La Constanca. De hecho, a partir de la fundación de ésta, en 1835, Antuñano funcionó *de facto* como “el portavoz” del nuevo sector económico de industriales. Un ejemplo de lo anterior son las cartas que cruzó con Carlos María de Bustamante en 1836, en las cuales mostró su convencimiento de que las industrias textiles en el país tendrían un impacto benéfico en la sociedad. Para él era posible “demostrar prácticamente las ventajas, que puede esperar nuestra nación por el camino de la industria ilustrada y provechosa”, máxime cuando era visible en “todo Puebla, las grandes ventajas que este modelo del arte va a proporcionar a la felicidad pública”, dando a los individuos “ocupaciones provechosas y honestas”, en pro de la “unión y fortaleza” de la sociedad (*apud* Contreras Cruz, Cruz Barrera y Téllez Guerrero, 1993: 56-57).

<sup>8</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 1, 28 de febrero de 1838, f. 112v.



Poco después mostró cuáles eran los beneficios concretos de la implantación fabril en Puebla a partir de La Constancia:

“La fábrica Constancia Mexicana, además de los albañiles y carpinteros, que están edificando, sostiene, en su operación de día y noche, 300 mexicanos: todos concurren gustosos al trabajo, aun los días de media fiesta; la embriaguez y el robo han sido desterrados de aquella mansión; toda la gente es voluntaria, y usa de completa libertad para disponer de su persona después de las horas de trabajo; el aseo en los días de fiesta y un carácter decoroso, se va arraigando en estos operarios. Por el establecimiento de la Constancia los tejedores de mantas de Puebla, que antes estaban reducidos a una utilidad de tres o cuatro reales diarios, hoy habiendo mi casa abierto permuta de hilo por mantas, tanto por tanto en peso, y además pagándoles en moneda, dos pesos por manufactura de pieza de manta de una vara, queda cada tejedor beneficiado, cuando menos, en un duplo de la suma anterior, y como que tienen seguro el expendio de su manufactura a buenos precios, cuentan con más tiempo para trabajar, porque ahorran el mucho que antes perdían para expender sus pobres artefactos. Más de 400 familias se mantienen hoy en Puebla, y en algunos puntos de su departamento por tejer el hilo de la Constancia; debiendo advertirse para satisfacción de los verdaderos amantes de México, que en los beneficios de este establecimiento toman parte e interés hombres de todas calidades y de todas opiniones” (*apud* Contreras Cruz, Cruz Barrera y Téllez Guerrero, 1993: 59-60).

Es plausible pensar que el establecimiento de Amatlán respondía a los mismos propósitos: la modernización de la ciudad, el incremento de la producción y la moralización de los trabajadores. La importación de maquinaria desde Estados Unidos me parece, asimismo, una impronta de Antuñano. En febrero de 1837 el veracruzano viajó a Filadelfia, donde acordó la importación de maquinaria de hilado y tejido para La Constancia y para otros proyectos fabriles, entre los que destaca Amatlán.

Esta importación, sin embargo, tuvo sus dificultades. Algunos artesanos y obreros de Puebla encabezaron protestas por las actividades de Antuñano, las que consideraban peligrosas para su manufactura, realizada manualmente y muchas veces en casa. A pesar de estos temores, la mecanización impulsada en la ciudad durante los treinta no impactó entonces la estructura productiva y social de la ciudad, pues predominaron las manufacturas tradicionales, de modo que la mayoría de los trabajadores continuaron su producción casera manual.

Algo en lo que la pronta implantación de la fábrica textil de Amatlán sí contribuyó fue en la formación de un importante centro poblacional extramuros de la ciudad, en la confluencia de los ríos Atoyac y San Francisco. La industrialización simultánea de los molinos y haciendas de Enmedio y Mayorazgo, ambos propiedad de los Quijano-Rivero y situados respectivamente al norte y sur de San Juan Bautista Amatlán, generaron un espacio que requirió de cada vez más operarios, que no habían sido necesarios antes de 1840, cuando bastaba poca mano de obra para la molienda y la siembra de trigo. En esta década hay, a la par del crecimiento

mecánico, un cambio fundamental en la relación del trabajador con la fábrica: si antes el empresario le otorgaba la materia prima para laborar en casa, a partir de la inclusión de maquinaria el operario debió laborar diariamente en la fábrica (Grosso, 1984: 17).

Así pues, la creación de estas tres grandes fábricas textiles al sur de Puebla y a las orillas del río Atoyac generó desplazamientos de la población y la creación de una gran colonia obrera, cuyas huellas se pueden rastrear hasta hoy. Como en otras ocasiones, aprovecharon la mano de obra que ya existía, acostumbrada a la labor manual textil, y al mismo tiempo echaron mano de población dedicada hasta entonces a la producción agrícola. Tenemos aquí un cambio fundamental en la estructura social y urbana de Puebla: la industria textil impulsó la concentración de mano de obra en diversas zonas aledañas a la mancha urbana. Ayudó así a generar un nuevo grupo de actores sociales, los obreros, cuya participación marcó la configuración social desde la segunda mitad del siglo XIX (cfr. Mallimaci, 2004: 28- 30). Esta clase social, reunida en razón de su posición laboral, emergió en Puebla de la oscilación entre tradición y modernidad, incorporando a la fábrica, elemento modernizador y urbano por excelencia, artesanos urbanos y trabajadores rurales.

De ese modo, hacia 1840, Puebla adquirió, a través de casos como Amatlán, un matiz urbano propiamente contemporáneo, pues incorporó una industria mecanizada, orientada a un mercado claramente capitalista de gran producción, en el seno de una sociedad acostumbrada a la producción artesanal. Para tal efecto aprovechó los espacios productivos desarrollados por la tradición triguera de Puebla, y los adaptó para generar el cambio hacia una sociedad industrializada que, al mismo tiempo, retomaba la producción algodonera, que tenía un gran arraigo en la región. Al mismo tiempo, con ello generó nuevos actores sociales: tanto los obreros como una incipiente burguesía capitalista propietaria, que en el caso que estudiamos destaca también por su extracción nacional.

Las actividades industriales de Amatlán no estuvieran exentas de las crisis periódicas que asolaron Puebla y México. Los cambios en la sociedad mercantil formalizada en 1838 son una muestra de esto. El mismo año de la fundación, Fernando Arenas cedió la mitad de sus acciones a Santiago Saviñón, quien a su vez otorgó su parte a Estevan de Antuñano en 1839, con lo que en aquellos primeros años éste tomó gran preponderancia en la sociedad de Amatlán. Dos años después, en 1841, Antonio de Haro cedió sus acciones a Francisca May, esposa de Ysidro Pérez Toledano.<sup>9</sup> Unos meses después Amatlán cerró sus puertas, debido a la inestabilidad del abasto y el mercado, abriéndolas hasta 1843.

Mientras tanto, Antuñano vendió su parte el 8 de julio de 1842 a Miguel García, por 22,000 pesos, y ese año pudo dominar la mitad de la fábrica.<sup>10</sup> No poseemos mayores datos de éste último, quien sin embargo mantuvo la producción de la

<sup>9</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 1, 20 de enero de 1841, f. 25v.

<sup>10</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 1, 8 de julio de 1842, f. 974v.

fábrica, y vendió sus acciones en 1848 a Manuel Pérez Almendaro, por un valor de 60,626 pesos.<sup>11</sup> El valor se había incrementado a pesar de las dificultades bélicas. La otra parte de las acciones las adquirió el mismo año Andrés Torres a la sociedad Romero, formada por los hermanos fundadores Lino e Ysidoro.<sup>12</sup> Tenemos, pues, que para 1848 la factoría pertenecía por mitades a Andrés Torres y a Miguel García.

Como se aprecia en el devenir de San Juan Bautista Amatlán, la década posterior a su fundación, la que corre entre 1840 y 1849, fue de profunda crisis y de cambio de propietarios. Las dificultades no fueron privativas de esta fábrica o de Puebla: se trataba de una situación nacional, agravada por la guerra contra Estados Unidos. Las estadísticas comerciales y de capacidad productiva revelan las dificultades por las que Amatlán atravesó.

La fábrica aparece enlistada tres años después de su fundación, junto con coes acerca de su maquinaria y su producción. En 1841 tenía 1,500 husos y 80 obreros.<sup>13</sup> Dos años después existían 2,800 husos, lo que indica que a pesar del cierre temporal el capital fluyó para impulsar su crecimiento (*Memoria*, 1843: s.n). Sin embargo, las cifras de 1848 reflejan la decadencia de la factoría: se volvió al nivel de 1841, pues sólo había 1,500 husos, que reportaban 168,000 libras de hilaturas al año (*Memoria*, 1849: s.n.).

El caso de uno de los dueños, Andrés Torres, es particularmente interesante. No se trata de un impulsor de la industrialización primigenia, sino de un empresario y comerciante que desarrolló inversiones en fábricas ya establecidas. Afortunadamente, los estudios de Aguirre Anaya (1987) y Mariano Torres (1995) han abordado algunos aspectos en torno a él. Aquí me interesa comentar sus actividades en tanto muestran cómo a partir de la década de los cincuenta podemos hablar de una industria textil consolidada, a pesar de las dificultades económicas por las que atravesó el periodo. Para esos años, la industria textil poblana, de la que Amatlán forma parte, era una tradición con antecedentes remontables al siglo XVI, y al mismo tiempo, en tanto industria mecanizada y de producción masiva, apenas se instauraba una tradición que llegaría hasta bien entrado el siglo XX. Ahora bien, en el periodo que estudio, ¿había generado cambios sociales de importancia? Para responder será útil revisar la trayectoria de Andrés Torres.

La primera inversión de este empresario, originario de Cholula, es en una factoría de vidrio, en 1837. Cinco años después, en 1843, invirtió con Luis de Haro y Tamariz en La Amistad, manufacturera de lana, y en el molino de La Teja (Aguirre Anaya, 1986: 6 y 44-45). Como se ve, las incursiones fabriles de Torres, heredero de la hacienda de Acucuilco en Huejotzingo,<sup>14</sup> se insertaron en industrias que, si bien en aquellos años ya estaban mecanizadas, habían sido desarrolladas en Pue-

<sup>11</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 1, 26 de junio de 1850, f. 604.

<sup>12</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 5, 4 de agosto de 1896, f. 63.

<sup>13</sup> La cantidad se ubica en un término medio. La Constanza Mexicana tenía 7,500 husos y El Patriotismo 6,000. Por su parte, La Teja y El Mayorazgo tenían 2,500 husos cada uno. La Amistad tenía 1,000, y Dos Hermanos 500. "Estado de las fábricas de hilados y tejidos que hay en la capital de Puebla y sus inmediaciones establecidas y en erección" (*Semanario...*, 1841, I, p. 340).

<sup>14</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 9, 7 de enero de 1878, f. 21.

bla casi desde su fundación. De hecho, se trata de los tres productos pilares de la producción virreinal de la ciudad: la molienda del trigo, la manufactura de lana y la de vidrio. Torres, cuya riqueza provenía del mundo rural, invirtió a partir de 1837 en elementos fabriles que garantizaban cierta estabilidad por su tradición. Como ocurría en el caso de los trabajadores, este grupo de incipientes capitalistas pasó del mundo rural al mundo urbano a partir de la industrialización, dando así pautas para el perfil moderno que Puebla tendrá ya afianzado en la segunda mitad del siglo XIX.

El empresario llegó a la industria textil del algodón tras la guerra de 1848.<sup>15</sup> Por las cifras de la producción, ya mencionadas, parece que aprovechó la debacle productiva de Amatlán para invertir en ella. A pesar de esta coyuntura negativa, la industria textil fue un lugar de llegada para el capital de Torres, según se ve de su transcurso empresarial. Esto se corrobora al comprobar que no sólo invirtió en Amatlán, sino que al final de su vida, en 1877, compró la fábrica La Beneficencia, situada en el distrito de Cholula, también junto al río Atoyac, la cual se valuó en 64,987 pesos.<sup>16</sup>

Así pues, para finales de la década de los cuarenta, a pesar de las crisis causadas por la situación de inestabilidad política, la textil representaba ya la industria más consolidada en Puebla, en cuya virtud fue soporte de un grupo de propietarios que con su capital impulsaron la industrialización de la rama algodонера, a partir de la inversión en tecnología extranjera, especialmente estadounidense. Este tenor se mantendrá hasta entrado el siglo XX, fuera de la temporalidad que abarca este artículo.

De hecho, el temprano grupo que se autocaracterizó como industrial, se unificó pronto, adquiriendo, a partir de los elementos arriba expuestos, cohesión hacia el interior –todos eran propietarios de industrias textiles con nueva tecnología– y diferenciación hacia el exterior, señaladamente ante los trabajadores de la propia fábrica y ante el incipiente Estado. Tenemos así en Amatlán un caso de propietarios nacionales que poseían capital para inversión en medio de la tremenda pobreza de las arcas nacionales. Gracias a ellos la industria textil continuó su crecimiento, a pesar de las dificultades sociales y económicas del entorno. Es de destacarse que este grupo no necesitó de la desamortización de bienes eclesiásticos, decretada el 25 de junio de 1856, para tener un capital invertible. Esto le dio, por supuesto, un carácter nacional a los primeros intentos de industrialización del país, que se reflejaron en un discurso que la consideraba instrumento para el bien de México.

Los empresarios, a partir de su unidad, actuaron en defensa de sus intereses y de la industria que les daba sustento. Así se puede ver en la “Representación...” que la Junta de Industria de Puebla envió en 1850 al Congreso del Estado de Puebla “para que no se deroguen las leyes prohibitivas [...] en favor de la indus-

<sup>15</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 5, 4 de agosto de 1896, f. 62v.

<sup>16</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 9, 7 de enero de 1878, f. 21

tria del país”, ante el permiso del gobierno federal para la importación de manufacturas extranjeras.<sup>17</sup>

En ella consideraron que Puebla era “la ciudad manufacturera, por excelencia, el emporio de la industria y aun de la agricultura nacional”. Sostenían que ante las leyes restrictivas impulsadas a partir del Banco de Avío, la industria local mejoró grandemente, al impulsar capitales que generaron la industrialización, pues “se invirtieron en el cultivo y elaboración de algodones y otras producciones nacionales”. Sin embargo, la guerra con Estados Unidos afectó principalmente a la industria textil y a la agricultura que la proveía de algodón, lo que, desde la perspectiva de la Junta de Industria de Puebla, ponía en peligro el futuro de la industria fabril algodонера, que se había desarrollado bien hasta entonces, más aún si se permitía la libre competencia con las mercancías extranjeras (Contreras Cruz, Cruz Barrera y Téllez Guerrero, 1993: 35-38). Si ésta se concretaba, se preguntaban los industriales,

“¿Cuál sería entonces la suerte de Puebla; cuál la de infinitas poblaciones de este y otros estados; cuál, en fin, la de millares de familias que exclusivamente se sostienen a expensas de la agricultura y de la industria algodoneas? [...] Esas poblaciones pacíficas y tranquilas que se han levantado al pie de las fábricas, no prestarán bienhechor albergue a los millares de inocentes familias, que al través de sus hermosos muros se guarecen hoy más que de las inclemencias del tiempo, de los rigores del hambre y de la pestilente atmósfera de la inmoralidad y del vicio; sino que se convertirán en solitarias mansiones, habitadas sólo por aves nocturnas, por fieras silvestres, por desalmados bandidos que encontrarán en ellas pernicioso guarida. Los innumerables talleres que en la mayor parte de las poblaciones dan hoy todavía muestra de animación y de vida, se cerrarán, quizás para siempre, y el desgraciado artesano, el infeliz proletario no encontrarán ya recurso sino en el juego, en el robo y en toda clase de crímenes. Consecuencia inmediata de tan deplorables sucesos será el general trastorno del orden público, y una revolución desastrosa vendrá a coronar la obra de iniquidad de nuestros seudopolíticos, y a precipitar la gran catástrofe que tiempo ha está amenazando destruir el ya vacilante edificio de nuestra nacionalidad, y aun la precaria existencia de nuestra raza” (*apud* Contreras Cruz, Cruz Barrera y Téllez Guerrero, 1993: 36-47).

Hay varias ideas que vale la pena destacar de la *Representación*, firmada en Puebla el 11 de octubre de 1850, entre otros, por Andrés Torres, Lino Romero y Gumersindo Saviñón, los tres relacionados con Amatlán.

En primer lugar, enfatiza la importancia de Puebla como uno de los centros productores por excelencia del país, puesto que, como hemos mostrado, mantuvo con altibajos desde su fundación. Destaca como su base productiva en aquellos años la transformación del algodón, de modo que coloca a la industria textil

<sup>17</sup> Se trata de la “Representación que la Junta de Industria de Puebla eleva al Honorable Congreso del Estado [...] para que no se deroguen las leyes prohibitivas [...] en favor de la industria del país (1850)”, publicada en Contreras Cruz, Cruz Barrera y Téllez Guerrero (1993: 35-49). Las citas *supra*, referenciadas como tomadas de la compilación de 1993 de estos mismos investigadores, se refieren a este impreso.

como la más pujante de la ciudad. Si bien muestra las dificultades que atravesó la industria tras la guerra de 1846 -1848, también apunta cuáles han sido, desde su perspectiva, los cambios fundamentales que ha traído la industria a la sociedad poblana: la creación de “poblaciones” “al pie de las fábricas” y la creación de un grupo social dedicado al trabajo en ellas, los “millares de inocentes familias” que viven de ellas.

A diferencia de la idea de Antuñano, en el pensamiento de los industriales de 1850 el dar sustento, por medio de la industria, a los trabajadores no tiene como fin una cuestión moralizante, sino el “orden público”. Mientras para Antuñano era fundamental apartar al trabajador de la embriaguez, para esta nueva generación de industriales –unión de fundadores e inversionistas tardíos–, lo fundamental era dar trabajo y sustento. Sin embargo, hay también ideas comunes: para ambos, la industria es un gran beneficio para México, pues genera riqueza, ayuda al bienestar social de los trabajadores y sobre todo contribuye a la paz y a la estabilidad del país. Ambos señalaron el papel central de Puebla en la “nueva” industria textil, y destacaron que las innovaciones tecnológicas creaban dinámicas sociales que no existían antes, a partir del inmueble fabril.

Hay un elemento que debe destacarse: mientras en 1840 había gran entusiasmo alrededor de casos como el de Amatlán, una década más tarde les parecía que todo conducía a la ruina, al fin de la paz y del precario bienestar alcanzado. En una representación de 1861, industriales de Puebla y de México sostenían que desde 1850 no se había inaugurado una sola fábrica y se vivía una crisis de la industria algodонера (*Observaciones*, 1861: 14).

La crisis también se reflejó en Amatlán. En junio de 1850 una partida notarial reportó que la fábrica continuaba operaciones, pero sólo ratificaba que era propiedad, a partes iguales, de Pérez Almendaro y Andrés Torres, y apuntaba que había los mismos husos que hacía dos años, dando trabajo a 80 operarios.<sup>18</sup> No vuelven a aparecer noticias sino hasta 1868, con motivo de la repartición de agua, que hace hincapié en él como motor de la industria textil, y en 1876, cuando Andrés Torres compró toda la fábrica.<sup>19</sup> Al morir, un año después, una nueva generación de industriales se harían cargo de San Juan Bautista Amatlán, y acorde con el impulso de la paz porfiriana, ésta conoció un nuevo periodo de crecimiento.<sup>20</sup>

La continuidad de Torres al frente de Amatlán en aquellos años muestra que en 1850, si bien el panorama era sombrío, la fábrica estaba sólidamente establecida. Su producción, sin ser una de las más importantes de Puebla, no era desdeñable.

## Conclusiones

En 1850, San Juan Bautista Amatlán estaba integrada a una red de fábricas textiles, establecidas en su mayoría en antiguos molinos, que aprovechaban como an-

<sup>18</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 1, 26 de junio de 1850, f. 604.

<sup>19</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 7, 10 de agosto de 1876, f. 57v.

<sup>20</sup> Puebla, AGNEP, Notaría 9, 23 de septiembre de 1879, f. 418.

taño el agua para la producción. Como ellas, realizaba una de las labores de mayor tradición en Puebla, la textil, desplazando otras, como la triguera; al mismo tiempo, había creado nuevos actores sociales, y asumido de una nueva forma el agua, considerado *de facto* como bien privado. A diferencia de los primeros años de la ciudad, la producción textil se realizaba en un nuevo espacio, aglutinador de operarios y de propietarios: la fábrica.

Este párrafo resume los cambios y las continuidades que son palpables a partir del estudio de la fábrica textil de San Juan Bautista Amatlán, en Puebla. Ambos aspectos pueden verse como un vaivén entre tradición y modernidad en la conformación de un mundo fabril, proceso que en Puebla se dio en las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XIX.

Por un lado, existen elementos tradicionales en la conformación del mundo fabril que llegó a Puebla en las décadas que inician en 1830 y 1840. He destacado tres de ellos: la recuperación de industrias tradicionales, señaladamente la textil, en el proceso de modernización fabril; la presencia, como operarios de las nuevas fábricas, de mano de obra acostumbrada a la labor manual y artesanal en la industria de los paños y el algodón, y el uso del agua como base del desarrollo productivo. Por su parte, entre los elementos modernos he destacado la llegada de tecnología, importada de Estados Unidos, como motor de la industria moderna de Puebla; la creación de nuevos actores sociales, sobre todo obreros y empresarios, y la conformación de nuevos espacios urbanos, a partir de la incorporación al mundo de la fábrica de personas que hasta entonces se habían mantenido ajenas al mundo urbano. La transformación de la idea del agua, de común a privada, ya se apunta en estos años.

A partir de este estudio es palpable el desplazamiento de la molienda tradicional de trigo por la producción masiva de algodón durante el periodo estudiado. Al mismo tiempo, es de destacarse que el crecimiento textil fue posible gracias al desarrollo del obraje y de las instalaciones trigueras entre los siglos XVI y XVIII. Ellos hicieron posible el desarrollo de la industria textil desde 1835, proceso del cual San Juan Bautista Amatlán forma parte. En ese sentido, existe una íntima relación entre la tradición artesanal de Puebla y el cambio social operado en el siglo XIX.

Al mismo tiempo, es de ponderarse la presencia en Amatlán de Estevan de Antuñano y de Andrés Torres como empresarios mexicanos con capital propio anterior a la desamortización de 1856, que impulsaron un proceso de industrialización cuyo fin era la construcción de una sociedad más próspera y moralizada a través de la creación de modernos centros fabriles.

Como otros espacios productivos en Puebla, San Juan Bautista Amatlán unió, entre 1838 y 1850, elementos antiguos con otros recién llegados para su conformación como fábrica textil. De ese modo ayudó a conformar una sociedad que veía en la industrialización, la tecnología y la paz una forma de reconciliar la modernidad con el mundo de la tradición. ■



- Aguirre Anaya, Carmen (1987). *Personificaciones del capital. Siete propiedades en la sociedad e industria textil de Puebla durante el siglo XIX*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Altman, Ida. Fecha (2002) “Diego de Anzures y la emigración de Brihuega a Puebla”. En *Presencia española en Puebla, siglos XVI-XX*. Agustín Grajales y Lilián Illades, Compiladores. 43-54. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla. México: Coyoacan, S. A. de C. V., Ediciones.
- Anónimo (1843). *Memoria sobre el estado de la agricultura e industria de la República, que la dirección general de estos ramos presenta al gobierno supremo*. México: J. M. Lara.
- Anónimo (1849). *Memoria sobre la administración del estado de Puebla en 1849, bajo el gobierno del señor Juan Múgica y Osorio, formada por el secretario del despacho don José Fernández Mantecón y leída al honorable Congreso del mismo estado en las sesiones de los días 1, 2 y 3 de octubre de 1849*. México: Ignacio Cumplido.
- Anónimo (1861). *Observaciones de los fabricantes y agricultores de México y Puebla a los proyectos presentados al Supremo Gobierno sobre reformas a la ordenanza general de aduanas marítimas y fronterizas*. México: J. M. Lara.
- Bazant, Jan (1964). “Evolution of the textile industry of Puebla 1544-1845”. *Comparative Studies in Society and History*, vol.7, núm. 1, octubre: 56-69.
- Bazant, Jan (1985). *Antonio de Haro y Tamariz y sus aventuras políticas 1811-1869*. México: El Colegio de México.
- Beato, Guillermo (2004). *De la Independencia a la Revolución*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Océano.
- Bermúdez de Castro, Diego Antonio (1985). *Theatro Angelopolitano o Historia de la ciudad de la Puebla*. Puebla: JMMCMMP.
- Carabarán Gracia, Alberto (1984). *El trabajo y los trabajadores del obraje en la ciudad de Puebla, 1700-1710*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Carabarán Gracia, Alberto (2000). *Agua y confort en la vida de la antigua Puebla*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/SMHCyT.
- Cardozo Galué, Germán (1973). *Micboacán en el siglo de las luces*. México: El Colegio de México.
- Contreras Cruz, Carlos y Miguel Ángel Cuenya (2003). “Política urbana y reformas borbónicas en una metrópoli regional. Puebla de los Ángeles en el siglo XVIII”. En *De costas y valles. Ciudades de la provincia mexicana a fines de la Colonia*. Carlos Contreras Cruz y Carmen Blázquez Domínguez, editores. 45-79. México: Instituto Mora/UV/Conaculta/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Contreras Cruz, Carlos, Nydia E. Cruz Barreda y Francisco Téllez Guerrero, compiladores (1993). *Puebla. Textos de su historia*. Tomo II. México: Gobierno del Estado de Puebla/ Universidad Autónoma de Puebla, Instituto Mora.

- Estrada Urroz, Rosalina (1997). *Del telar a la cadena de montaje. La condición obrera en Puebla, 1940-1976*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Gamboa, Leticia y Rosalina Estrada (1986). *Empresas y empresarios textiles de Puebla. Análisis de dos casos*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Gamboa Ojeda, Leticia (2001). *La urdimbre y la trama. Historia social de los obreros textiles de Atlixco*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Fondo de Cultura Económica.
- García Ugarte, Marta Eugenia (2005). "Tradición y modernidad (1810-1840)". En *Los rostros del conservadurismo mexicano*. Renée de la Torre, Marta Eugenia García Ugarte y Juan Manuel Ramírez Sáiz, coordinadores. 35-69. México: CIESAS.
- Gómez Álvarez, Cristina (1989). *Puebla: los obreros textiles en la revolución 1911-1918*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Grosso, Juan Carlos (1984). *Estructura productiva y fuerza de trabajo. Puebla 1830-1890*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Herrejón Peredo, Carlos (1994). "Tradición. Esbozo de algunos conceptos". *Relaciones* (volumen xv, número 59), 35 -69.
- Keremitsis, Dawn (1973). *La industria textil mexicana en el siglo XIX*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Leicht, Hugo (1999). *Las calles de Puebla. Estudio histórico*. Puebla: Secretaría de Cultura de Puebla.
- Liehr, Reinhard (1976). *Ayuntamiento y oligarquía en Puebla, 1787-1810*. Tomo I. México: Secretaría de Educación Pública.
- Mallimaci, Fortunato (2004). "Catolicismo y liberalismo: las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa". En *La modernidad religiosa. Europa Latina y América Latina en perspectiva comparada*. Jean-Pierre Bastián, coordinador. 19-44. México: Fondo de Cultura Económica.
- Medina Rubio, Aristides (1983). *La Iglesia y la producción agrícola en Puebla. 1540-1795*. México: El Colegio de México.
- Miño Grijalva, Manuel (1999). "¿Protoindustria nacional?". En *La industria textil en México*. Aurora Gómez-Galvarriato, Coordinadora, 31-52. México: Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- Potash, Robert (1959). *El Banco de Avío de México. El fomento de la industria, 1821-1846*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salvucci, Richard J. (1992). *Textiles y capitalismo en México. Una Historia económica de los obreros, 1539-1840*. México: Alianza Editorial.
- Sánchez, Evelyne (2000). "Clientelismo e instituciones en México. El acceso al poder de un industrial poblano en los años 1830-1840". En *Estrategias de poder en*

*América Latina*. Pilar García Jordán *et. al*, coordinador. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Thomson, Guy P. C. (2002). *Puebla de los Ángeles. Industria y sociedad de una ciudad mexicana 1700-1850*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Secretaría de Cultura de Puebla, Universidad Iberoamericana de Puebla, Instituto Mora.

Torres Bautista, Mariano E. (1994). *La familia Maurer de Atlixco, Puebla. Entre el Porfiriato y la Revolución*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Torres Bautista, Mariano E. (1995). *El origen de la industrialización de Puebla*. México: Claves Latinoamericanas, El Colegio de Puebla.

Villa Sánchez, fray Juan (1997). *Puebla sagrada y profana. Informe dado a su muy ilustre ayuntamiento el año de 1746*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.